

tad para consolidar la dicha de sus pueblos se habían visto contrariados por una oposición que no era de prever, puesto que nada la justificaba, y que el ministerio, privado de la posibilidad de realizar aquellas mejoras en ausencia de las Cámaras, no podía hacer más que perseverar en las vías legales de que no se había apartado un solo instante, y dejar á la razón pública el cuidado de juzgar entre una conducta irreprochable y unas imputaciones puramente gratuitas.

Difícil era expresar sentimientos de mayor respeto por la legalidad y la Constitución; pero, al mismo tiempo que Polignac rechazaba, en su nombre y en el de sus compañeros de gabinete, como una calumnia indigna, la acusación de querer violar las nuevas instituciones, él mismo, espíritu falso, carácter inconsecuente, justificaba aquella acusación admitiendo la posibilidad de un golpe de Estado.

Pocos días antes de la entrega del informe confidencial á Carlos X, el 28 de marzo y el 2 de abril, habían sido destituidos un administrador general y varios prefectos, realistas á toda prueba, pero que debían sus nombramientos al ministerio Martignac. Por otra parte, los misioneros habían reanudado sus predicaciones nó-madas y el alto clero sus amenazas é injurias. La Congregación volvía á ser omnipotente, y sus directores acababan de organizar, para el traslado de algunas reliquias, depositadas en la catedral de Nuestra Señora de París, una ceremonia que había de recordar la pompa de las procesiones del jubileo de 1826. Las reliquias, de cuya autenticidad dudaban muchos, estaban encerradas en una urna de plata maciza que pesaba 250 kilogramos, adquirida por suscripción y llevada por la corporación de descargadores del Mercado divididos en pelotones que habían de relevarse. La procesión salió de la Catedral á las once de la mañana y no llegó hasta las seis de la tarde á la casa de los Lazaristas de la calle de Sevres, donde había de quedar la urna. Durante siete horas, los parisienses pudieron ver desfilar por los muelles del centro y las principales calles del barrio de San Germán los largos repliegues de una inmensa y lenta columna compuesta de unos 4.000 servidores de la Iglesia, con las cruces parroquiales y las banderas de cada corporación. Detrás de la urna marchaban todos los curas de la capital, el real cabildo de San Dionisio, quince obispos y arzobispos, seguidos de una multitud de personajes oficiales, ostentando vistosos uniformes cubiertos de condecoraciones y haciendo coro devotamente con los prelados. Formaban la escolta varios piquetes de gendarmería, de infantería y de la guardia real, con sus músicas cuyos aires profanos alternaban con los cantos del clero. Las reliquias permanecieron varios días expuestas en los Lazaristas, y Carlos X y toda su familia fueron á adorarlas públicamente.

El 19 de abril, el Sr. de Bourmont había salido de París para ir á tomar en Tolón el mando del ejército encargado de vengar el insulto, cuya próxima y brillante reparación había anunciado el rey en su discurso á las Cámaras. Tratábase de una expedición contra Argel. Las quejas de Francia contra aquellos berberiscos se remontaban á 1814, época en que varios argelinos eran acreedores del gobierno francés. Un día, el dey intimó al cónsul de Francia la orden de pagar inmediatamente aquellos créditos, y como el cónsul contestara que no

podía hacerlo sin la autorización de su gobierno, fué expulsado. Los acontecimientos borraron hasta cierto punto aquella ofensa, y, en 1816, el gobierno real, queriendo reanudar las relaciones interrumpidas, nombró otro cónsul, el cual no pudo entrar en funciones sino después de haber hecho al dey un donativo de 100.000 francos. Si Francia consintió en hacer tal sacrificio fué para recobrar en la provincia de Bona cierta extensión de costas adquiridas de los árabes cuatro siglos atrás, mediante censos, y cuya posesión fué confirmada á Francia en 1518 y 1692 por los sultanes Selim I y Achmet. Aquellas posesiones, llamadas *concesiones de Africa*, eran la fuente de considerables beneficios para el comercio francés, al cual ofrecían la doble ventaja de traficar con el interior del país y de explotar, á título de derecho exclusivo, los bancos de coral que se extienden por aquella parte del litoral africano. El dey consintió en restituirlos á Francia en 1817, pero con la condición de que fuese elevado á 60.000 francos el censo anual de 17.000 pagado hasta entonces por el privilegio de la pesca del coral. Este aumento fué concedido, y hacía dos años que Francia lo soportaba, cuando en 1819 el nuevo dey Husseyn le declaró que tenía que optar entre la cesación inmediata del privilegio ó un censo de 200.000 francos. El gobierno francés se sometió á aquella nueva exigencia, pero inútilmente, pues Husseyn, por medio de un manifiesto publicado en 1826, concedió á todas las naciones el derecho de pesca cuyo privilegio tenía Francia, que continuaba pagándolo. A estos motivos de queja se añadía la violación constante de tratados concluidos en la Puerta Otomana ó con el gobierno de Argel. En 1825, la Restauración concedió su protección al pabellón romano, y el dey no sólo reconoció este protectorado, sino que adquirió el compromiso oficial de respetarlo. Año y medio después, Husseyn dejó apresar por sus corsarios dos buques romanos, pronunció su confiscación, autorizó su venta y percibió la mitad del producto. Y mientras Francia le reclamaba indemnizaciones por medio de su cónsul, el dey hacía reclamaciones al gobierno francés para el pago de suministros de granos hechos bajo el Consulado y el Imperio por dos comerciantes argelinos y cuyo importe se hacía ascender á 14 millones. Los acreedores, señores Bacri y Busnach, se hicieron representar en París por un apoderado; el gobierno francés nombró dos comisarios, y una transacción, concluída el 28 de octubre de 1819, aprobada por el rey y por el dey Husseyn, arregló definitivamente el crédito en 7 millones, pagaderos por dozavas partes, á contar desde 1.º de marzo de 1820. Uno de los artículos de esta transacción reservaba los derechos de los franceses acreedores de Bacri y de Busnach, estipulando que una suma igual al importe de las reclamaciones hechas contra estos últimos se guardaría hasta que los tribunales hubiesen fallado el pleito relativo á dichas reclamaciones. Estas ascendieron á 2.500.000 francos, que fueron depositados en la caja de consignaciones; el representante de los dos comerciantes recibió los 4.500.000 francos restantes. Husseyn, acreedor personal de Bacri por suministros de lanas, reclamó desde luego contra este pago del cual no participaba, y después contra el depósito de los 2.500.000 francos; quejóse después de la lentitud de los tribunales franceses en fallar el

pleito, pretendió que el gobierno interviniera para activar la decisión de los jueces, pidió que le transmitiesen el capital depositado, reservándose el apreciar los derechos de los reclamantes, y finalmente exigió la totalidad de los 7 millones. Estas pretensiones exorbitantes tenían por principal causa la tirantez de relaciones que existían entre el dey y el cónsul francés, Sr. Deval, á quien Husseyn imputaba la reducción del capital y los retrasos sufridos por la liquidación del crédito; el haber ayudado á Busnach y á Bacri, refugiados entonces en Liorna, para que se apoderasen, por medio de supuestos acreedores, de los fondos que quedaban en la caja de consignaciones, y el haber hecho que él, Husseyn, fuese el único que no sacase ningún provecho de la transacción, ni cobrara la más pequeña parte de una suma de que era el principal, si no el único acreedor. Todas sus demandas fueron desechadas, y el dey estuvo en la creencia de que esto era debido á las intrigas y falsos informes del agente que Francia, por un sentimiento de falsa dignidad, le imponía. Entonces creyó poder dirigir sus quejas á Carlos X en una carta á la cual el gobierno francés dió una contestación que aún no había llegado á Argel en el momento de las fiestas del Bairam. La víspera, según costumbre, el Sr. Deval se presentó en el palacio del dey. Cambiados los primeros saludos, el cónsul renovó sus reclamaciones con motivo del apresamiento y venta de los dos buques romanos de que se ha hecho mención.

¡Cómo!, le dijo el dey, ¿vienes todavía á atormentarme por un asunto que nada importa á Francia, cuando tu rey no se digna contestar á una carta que le he escrito sobre una cuestión que me concierne?»

El Sr. Deval replicó profiriendo algunas palabras cuyo sentido era este: «Un rey de Francia no contesta á un hombre como tú.»

Husseyn, que no veía jamás al cónsul sin experimentar una viva irritación, no pudo contenerse al oír la respuesta de Deval y le golpeó el rostro con un abanico de plumas que llevaba en la mano.

Francia pidió por aquel ultraje una reparación que el dey no quiso dar. El Sr. Deval recibió orden de cesar toda relación oficial con Husseyn, y salió de Argel el 11 de junio de 1827. Pocos días después, el bey de Constantina destruyó las concesiones francesas, arrasó el fuerte de la Calle, y Husseyn publicó contra Francia una declaración de guerra á la que el gobierno francés contestó con un riguroso bloqueo del puerto de Argel. Pero los navíos franceses no podían impedir que entraran y salieran los pequeños barcos que componían la marina militar y mercante de esta plaza. Finalmente, después de tres años de un bloqueo imperfecto, menos perjudicial á los argelinos que á los franceses, que ya habían perdido varios buques en aquella desabrigada costa, muchos marinos y cerca de 20 millones, el ministerio Martignac se vió en la alternativa de humillar á Francia ante un jefe de piratas, ó recurrir á hostilidades más energías y eficaces. Pero antes de arrastrar al país á los peligros y sacrificios de una expedición al Africa, el ministro quiso apelar por última vez á los medios de conciliación, y confió al capitán de navío Bretonnière el encargo de ir á proponer al dey un arreglo, cuyas moderadas condiciones eran honrosas para ambos gobiernos. Dicho oficial mandaba la *Provence*.

Llegado delante de Argel con pabellón parlamentario, fué recibido por el dey el 31 de julio y le expuso las proposiciones de Francia. El jefe de la Regencia aplazó su respuesta para el 2 de agosto. En esta segunda audiencia, celebrada en presencia del diván, Bretonnière repitió á Husseyn la proposición de arreglo de que es portador, y le declaró que el rey de Francia, en caso de una negativa, está resuelto á hacer respetar por la fuerza de las armas su derecho y la dignidad de la corona. «También tengo pólvora y cañones, contestó el dey; no podemos entendernos; puedes retirarte. El salvoconducto que ha protegido tu entrada protegerá tu salida.» El día siguiente, 3 de agosto, á la una de la tarde, la *Provence* aparejó. El viento era muy débil; el buque desfilaba lentamente por delante de las formidables baterías que protegían la entrada del puerto, cuando, á una señal de la Casbah, residencia del dey, las baterías hicieron fuego, causando algunas averías á la *Provence*. La tripulación quiso contestar á cañonazos, pero Bretonnière se opuso á ello, á fin de evitar que redoblara el fuego de los argelinos y que cayera el escaso viento merced al cual se alejaba de las baterías. Después de haber recibido descargas de artillería durante media hora, la *Provence*, acribillada de obuses, se encontró fuera del alcance de las baterías.

La noticia de aquella odiosa violación del derecho de gentes llegó á París pocos días antes de la formación del ministerio Polignac. Francia entera clamó venganza. El 7 de febrero, en consejo de ministros presidido por Carlos X, se acordó una expedición militar contra Argel. Brest, Cherburgo, Rochefort y Tolón proporcionaron en poco tiempo suficientes buques de guerra para formar una de las escuadras más numerosas que Francia hubiese reunido. Además, unos 400 buques mercantes, fletados en Francia, Cerdeña, Italia y España, habían de transportar los soldados, municiones y víveres que no cupieran en los buques de guerra. Carlos X nombró comandante de la escuadra al vicealmirante Duperré, que de simple marinero había llegado á general merced á sus relevantes méritos, y comandante en jefe de la expedición al ministro de la guerra Sr. de Bourmont.

La prensa de oposición acusaba al gobierno de querer distraer la atención pública de los ataques proyectados contra las instituciones y apartar el ejército de la lucha empeñada entre la corona y la Cámara electiva, por medio de una guerra á la cual no auguraban más que obstáculos y desastres. Mientras tanto se concentraban en el puerto de Tolón unos 40.000 hombres y cerca de 4.000 caballos, formando tres divisiones al mando de los tenientes generales Berthezene, Loverdo y Escars, y una flota compuesta de 11 navíos de línea, 23 fragatas y 7 corbetas de guerra; 26 bergantines y otras tantas corbetas de guerra, numerosas gabarras y 7 vapores, en junto unos 103 buques de guerra tripulados por 27.000 marineros y divididos en tres escuadras, una de batalla, una de desembarque y otra de reserva.

Tan formidable armamento inspiró celos á las demás potencias marítimas; los gabinetes de Madrid y de Turín, deseosos de obtener algún territorio en los puntos de la costa argelina más próximos á sus puertos, hubieran deseado tomar parte en la expedición; á las indica-

ciones de sus representantes se contestó que Francia quería obrar con sus propias fuerzas y ser dueña de sus movimientos. Fernando VII resintióse mucho de esta negativa, pero no se atrevió á insistir. Inglaterra pidió explicaciones. Polignac contestó, en nombre de Carlos X, que no guiaba al gobierno francés ninguna mira de ambición particular; que habiendo sido insultada su bandera, sabría vengarla como convenía al honor de la nación; que en el caso de ser derribado el gobierno de la Regencia, el rey se entendería gustoso con sus aliados sobre los medios de substituir aquel gobierno bárbaro con un nuevo estado de cosas más adecuado á los progresos de la civilización y á los verdaderos intereses del cristianismo; pero que no quería adquirir ningún compromiso contrario á su dignidad ó á los intereses de Francia. Enviáronse á todas las naciones notas diplomáticas en este sentido.

Bourmont salió de París para Tolón el 19 de abril, siendo pronto seguido por el ministro de Marina y el Delfín. Este último ostentaba el título de gran almirante é iba á inspeccionar la escuadra é infundir valor á las tropas expedicionarias; asistió el día 4 de mayo á un ejercicio de desembarco que se efectuó con suma facilidad, y abandonó el día 5 la población de Tolón, que, entusiasmada por el éxito del simulacro de la víspera, ovacionó al heredero de la corona. El embarque empezó el día 11 y terminó el 16, pero el ejército, detenido por vientos contrarios, no pudo hacerse á la vela para Argel hasta el 25.

Mientras tanto, Carlos X había firmado un decreto disolviendo la Cámara de diputados, convocando los colegios electorales de distrito para el 23 de junio, los de departamentos para el 3 de julio y fijando la reunión de ambas Cámaras para el 3 de agosto siguiente.

¿Qué plan político adoptaría el gabinete en el caso de que la nueva Asamblea le fuese favorable? ¿Qué haría el gobierno si la mayoría volviese tan enemiga como antes? Debatido estas dos cuestiones, los ministros acordaron, en el primer caso, presentar á la nueva Cámara dos proyectos de ley que modificasen profundamente la ley electoral y la ley sobre la libertad de imprenta. En cuanto á la segunda hipótesis, Polignac, Haussez y Montbel declararon osadamente que, si los electores se obstinaban en enviar una Cámara hostil, la corona no debía vacilar en hacer inmediatamente uso del poder dictatorial que le daba, «para la seguridad del Estado,» el artículo 14 de la Carta. Los señores Chabrol y Guernón-Ranville no admitían la necesidad de recurrir á tal extremo sino después de haber agotado todos los medios legales de resistencia, y Courvoisier sostenía que en ningún caso el artículo 14 podía autorizar la violación de la legislación electoral vigente. No era posible que el consejo se mantuviera de tal modo dividido. Polignac se lo dió claramente á entender así á Courvoisier, quien arrastró consigo á Chabrol, decidiéndole á que le acompañase el día siguiente á las Tullerías, á fin de presentar sus dimisiones, que el rey se apresuró á admitir. Ambos recibieron el título de ministros de Estado con una pensión de 20.000 francos, y fueron reemplazados en el gabinete por los señores Chantelauze, presidente del tribunal de Grenoble, y Peyronnet, ex ministro del gabinete Villèle. Creóse un ministerio de Obras públicas con el objeto de dar esta

nueva cartera al agente de negocios de Carlos X y prefecto de Versalles, Sr. Capelle, á quien se confió el trabajo de las próximas elecciones.

Los lazos que existían entre los tres nuevos ministros y la Congregación, y la situación que en ésta ocupaba el príncipe de Polignac, hacían de nuevo á la famosa Sociedad dueña de la administración del Estado. El gobierno y la oposición se entregaron con abinco á los preparativos para la campaña electoral. Los esfuerzos de la oposición tendían á reelegir á los 221 diputados que habían votado el famoso Mensaje. Carlos X, que estaba convencido de que ejercía personalmente en el espíritu y en el corazón de las masas una influencia capaz de dominar al cuerpo electoral, publicó un manifiesto que era un paso más hacia el abismo en que había de precipitarse. El 13 de junio, diez días antes de la apertura de los comicios de distrito, dirigió á los franceses una proclama declarándose dispuesto á cambiar la naturaleza del gobierno si se trataba de debilitar las prerrogativas de la corona, y llamando á los electores á las urnas. Este manifiesto colocaba al rey fuera de todas las condiciones del gobierno constitucional. Carlos X bajaba á la arena electoral y, en caso de una derrota, se condenaba fatalmente á la alternativa de humillar su cetro ante la urna del escrutinio ó quebrantar las leyes constitutivas del sistema electoral vigente.

La prensa ministerial y el clero aplaudieron, sin embargo, aquel acto imprudente del monarca. Muchos prelados publicaron pastorales recomendando á sus fieles cooperadores que emplearan toda su influencia á fin de obtener buenas elecciones. Los prefectos, en circulares y conferencias, repetían los avisos que Carlos X en persona había dado á los presidentes de los colegios electorales que iban á visitarle antes de ir á sus puestos. Sabedor de que la inmensa mayoría de los electores de París, Ruán, Orleans, Angers, Metz, Pau y Nimes pertenecían á la oposición liberal, y á fin de evitar que estos colegios arrastrasen con su ejemplo á los que tuviesen que votar el 3 de julio, y con el objeto de que en sus electores ejerciesen influencia los triunfos ministeriales que esperaba en las demás circunscripciones, el gobierno aplazó las elecciones de dichos colegios para los días 12 y 19 de julio siguientes. Pero la precaución fué vana. La oposición tuvo una mayoría inmensa en las elecciones del 23 de junio; de los 198 diputados elegidos, sólo 55 eran ministeriales. El gobierno esperó que el resultado se equilibraría, el 3 de julio, con las elecciones de los grandes colegios; pero la ventaja que obtuvo distó mucho de compensar la derrota sufrida en los comicios de distrito. A pesar de la pasión que animaba á los electores de toda clase, las elecciones se verificaron, si no con calma, en medio del mayor orden, exceptuando algunos colegios del Mediodía, como los de Figeac y Montaubán, que fueron teatro de deplorables violencias dirigidas contra los candidatos de la oposición.

La derrota del gobierno era espantosa. ¡Y, sin embargo, había hablado Carlos X! El monarca había dicho que sus resoluciones serían *invariables*. ¿Podía cambiarlas sin deshonor, cuando, sordo á su voz, el cuerpo electoral le devolvía una Cámara aún más hostil que la Asamblea que él disolvió porque «le había ofendido,» y cuando los mismos correos que le anunciaban aque-

llos nombramientos enemigos le traían una serie de noticias refiriendo que sus generales y su ejército acababan de alcanzar en Africa, á los gritos de *viva el rey!*, victorias que añadían á su corona el florón de una vasta y gloriosa conquista?

La flota que llevaba á bordo el ejército expedicionario había salido de Tolón el 25 de mayo; apenas había andado 30 millas, cuando encontró dos fragatas que hacían rumbo hacia Francia, la *Duquesa de Berry*, mandada por el capitán Kerdrain y perteneciente á la estación de Argel, y la *Neesind-Jeffeth*, buque turco, mandado por Tahir Pachá, gran almirante del imperio otomano. Esta última fragata navegaba custodiada por la francesa. Hemos dicho que el gabinete inglés protestó contra la expedición; no satisfecho con la contestación de Polignac, se apresuró á obtener del sultán de Turquía que obligase al jefe de la Regencia argelina á dar á Francia todas las satisfacciones que ésta tuviese derecho á exigir. Dócil á las indicaciones inglesas, la Puerta envió á Tahir-Pachá á Africa, con la misión de provocar, en nombre del emperador, la destitución y, si era preciso, la muerte del dey Husseyn, quitando por medio de reparaciones suficientes todo pretexto á las hostilidades. Enterado de la misión de Tahir-Pachá, Polignac hizo transmitir á la escuadra bloqueadora la orden de cerrar el paso á este almirante, apresar su buque y enviarlo á cualquier puerto de Francia. Esta orden, como acaba de verse, había sido ejecutada, y Tahir, después de una corta entrevista con Bourmont, que le dijo que Carlos X se encargaba del castigo de Husseyn, continuó, bajo la custodia de Kerdrain, su ruta hacia Tolón, donde se le hizo hacer cuarentena hasta que se supo que la expedición acababa de conseguir su objeto.

La flota había continuado también su ruta, y el 29, por la tarde, divisó la costa de Argel. El 30, las tripulaciones empezaban ya los preparativos de embarque, cuando los buques fueron dispersados por un viento del Este tan recio, que el almirante Duperré tomó la resolución de buscar un abrigo y un punto de reunión en la bahía de Palma. Los barcos de las tres escuadras necesitaron ocho días para encontrarse reunidos. Por fin, en la mañana del 13 de junio, la flota volvió á encontrarse á la vista de Argel.

El día 14, al amanecer, las tropas expedicionarias desembarcaron sin gran dificultad en *Sidi-Feruch*, península situada á cinco leguas al Oeste de la ciudad, entre dos bahías profundas que ofrecían magníficos fondeaderos. A las cinco, los seis regimientos que componían la 1.ª división (Berthezène) se hallaban situados en orden de batalla en la pequeña península, y una batería de campaña, montada por la artillería, contestaba ya al cañoneo de los reductos establecidos en las alturas vecinas y al tiroteo de una masa considerable de árabes emboscados en numerosos repliegues del terreno ó en los espesos matorrales que cubrían las vertientes de las primeras colinas. Momentos después entró en movimiento la 2.ª división (Loverdo). Bourmont ordenó á la primera brigada del general Berthezène que envolviera á los reductos enemigos, que fueron prontamente tomados, mientras las dos otras brigadas de la división, secundadas por la artillería de los vapores, colocados á uno y otro lado de la península, atacaban á la bayoneta y dispersaban á los 12 ó 15.000 árabes cuyo fuego

molestaba desde por la mañana á las tropas enemigas. Durante este doble ataque desembarcó la 3.ª división, y los ingenieros trazaron, bajo la dirección del general Valazé, una línea de trincheras destinadas á cerrar la península, convirtiéndola en una posición bastante fuerte para servir de depósito general del ejército. Fueron tales el orden, la inteligencia y la rapidez desplegados en esta difícil operación del desembarque, que á las doce del día las ocho brigadas de infantería y artillería de campaña del cuerpo expedicionario se hallaban en la península, donde las tropas de todas armas se establecieron bajo tiendas ó barracas cubiertas de ramaje, alineadas á cordel, y cuyas diferentes divisiones, provistas de tiendas y cantinas, parecían, pocas horas después, otros tantos pueblecitos llenos de vida y movimiento. El general en jefe instaló su cuartel general en una pequeña mezquita situada en la cúspide de la península, junto á una torre de observación y defensa, llamada *Torre Chica*, mezquita que encerraba la tumba del morabito Sidi-Feruch.

Las jornadas del 15 y 16 no fueron señaladas más que por el tiroteo de los exploradores que se adelantaban en toda la línea de las vanguardias francesas. Véanse en todas partes masas de árabes, pero fuera del alcance de las balas enemigas. El 17 los argelinos mostraron más audacia; su fuego se acercó á los invasores, siendo más vivo y mortífero; el 18, se supo que concentraban el grueso de sus fuerzas en la meseta de Stauél, á legua y media de la primera línea francesa, y que se proponían atacar el día siguiente. Bourmont no quiso esperarlos en Sidi-Feruch; aquella misma tarde llevó la 1.ª división á una legua de dicha meseta, sobre una línea que se apoyaba, por un lado, en un bosque y por el otro lado en la orilla del mar; la 2.ª fué apostada y distribuída de modo que pudiese auxiliar á la 1.ª; la 3.ª, que formaba la reserva, se quedó para la defensa de la península. Todos los batallones de la 1.ª división pasaron la noche formados en cuadro, y protegidos por algunos atrincheramientos.

Defendida por dos reductos armados de 24 cañones y construídos en dos colinas que hacían frente á las vanguardias francesas, la meseta en que acampaba el ejército de Husseyn se hallaba separado de la primera línea enemiga por un terreno muy quebrado, cubierto de malezas y cortado por barrancos. Las fuerzas allí concentradas, en su mayor parte de caballería, se elevaban á unos 50.000 hombres, proporcionados por la ciudad de Argel y por los beyes de Titeri, Constantina y Orán. Los mandaba su jefe Ibrahim, aghá de los genizaros argelinos y yerno del dey. Inducido en error por la inacción en que estaba hacia tres días el ejército francés en la península, este general atribuía á indecisión y á miedo un reposo que únicamente tenía por causa el retraso y lentitud inevitables del desembarco de la caballería, de la artillería de sitio y de los carros de transporte. El 19, al amanecer, las tropas árabes bajaron de la meseta, divididas en dos columnas: la primera, bajo las órdenes directas de Ibrahim, formada de 3.000 genizaros, 5.000 kuluglis, 6.000 moros de la milicia de Argel, 6.000 kábilas y contingentes del bey de Titeri, se precipitó, dando grandes voces, contra la primera brigada de la división Berthezène. La segunda columna, mandada por el bey de Constantina y forma-